

HOMILÍA EN LA MISA CRISMAL

Catedral de Barbastro, 30 de marzo de 2010

- Muy queridos hermanos sacerdotes, que compartís conmigo la hermosa tarea del ministerio sacerdotal siendo testigos de la entrañable misericordia de Dios.
- Un saludo especial para los sacerdotes de Polonia, Colombia, Uruguay, y Venezuela, que habéis venido desde otras Iglesias a colaborar mediante vuestro ministerio pastoral en esta Diócesis necesitada de vuestra ayuda. Gracias por vuestra disponibilidad; haced llegar mi gratitud a vuestros respectivos Obispos.
- Querido diácono, Gustavo, que, si Dios quiere, el día 25 de abril recibirás en Fraga la ordenación sacerdotal. Te acompañamos con nuestro afecto y nuestra oración en esta etapa de preparación que estás viviendo con intensa y profunda alegría.
- Saludo también con entrañable afecto a todos los consagrados que, desde la vida contemplativa en los monasterios o desde la acción en el ejercicio de vuestro carisma, colaboráis en la transmisión de la Buena Nueva.
- Os saludo con particular gratitud a todos los laicos que, con vuestro testimonio y compromiso en medio del mundo, dais a conocer a Jesús y su evangelio en los sectores más alejados, donde los sacerdotes no siempre podemos llegar.
- ¡Cómo me alegra saludar a este numeroso grupo de jóvenes, que se preparan para recibir el sacramento de la confirmación y que asisten a esta misa, en la que se consagrará el crisma con el que serán confirmados! En vosotros contemplo a todos los jóvenes que confirmaré con el Santo Crisma que hoy consagro.

Quiero expresaros, en primer lugar, el gozo profundo que experimento al celebrar esta Misa Crismal. Es una celebración especial para mí. Estáis aquí, prácticamente, todos los sacerdotes de la Diócesis, los colaboradores más directos del Obispo. Tengo igualmente presentes a los que por salud o por otras circunstancias no han podido venir.

Os acompañan religiosos y religiosas de la Diócesis junto con un numeroso grupo de laicos, que acuden a esta celebración precisamente para orar con vosotros y por vosotros al Señor. No faltan, como bien podéis apreciar en los primeros bancos, un numeroso grupo de jóvenes que se preparan para recibir el Sacramento de la Confirmación.

Esta Eucaristía no es una Eucaristía más. Tiene un significado especial. Expresa algo que en la Iglesia es esencial: la comunión eclesial, expresión de la comunión de las Tres Divinas Personas. Somos todos uno, co-presbíteros de esta Iglesia de Barbastro-Monzón.

Vamos a revivir los momentos emocionantes de nuestra ordenación sacerdotal, que han marcado toda nuestra vida, larga vida la de muchos de vosotros, con muchos años de servicio ministerial: Aquella imposición de manos, la unción de las manos, la entrega de la patena y del cáliz, las promesas hechas al Obispo.

Recordad la respuesta que disteis al ser presentados al Obispo para ser ordenados: *Adsum*, presente, aquí estoy para que tú, Señor, puedas disponer de mí. Hoy, con vuestra presencia, con vuestro corazón, con toda vuestra vida cargada de respuestas generosas al Señor y vuestras manos encallecidas por el duro trabajo, decís nuevamente: aquí estoy, me pongo a disposición de Aquel *que murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí* (2 Cor 5,15). Ponernos a disposición de Cristo significa identificarnos con su entrega «por todos»: estando a su disposición podemos entregarnos de verdad «por todos».

Os habéis revestido de Cristo. Gesto que expresáis con vuestra vestidura blanca y vuestra estola. Para nosotros, revestirnos de los ornamentos debe ser algo más que un hecho externo; implica renovar el «sí» de nuestra misión, el «ya no soy yo» del bautismo, el «es Cristo quien vive en mí», que la ordenación sacerdotal, de modo nuevo, nos da y a la vez nos pide.

El hecho de acercarnos al altar, vestidos con los ornamentos litúrgicos, debe hacer claramente visible a los presentes, y a nosotros mismos, que estamos aquí «en la persona de Otro». Vosotros, como yo, queridos sacerdotes, una vez revestidos de Cristo, no actuamos de forma individual y particular, actuamos y hablamos *in persona Christi*. Por eso decimos: *Esto es mi cuerpo; este es el cáliz de mi sangre...; yo te perdono*. Esto nos motiva desde lo más profundo de nuestro ser a identificarnos totalmente con Cristo. Somos sus enviados y en su nombre actuamos.

No hemos sido enviados a anunciarnos a nosotros mismos o nuestras opiniones personales, sino el misterio de Cristo. Nuestra misión no consiste en decir muchas palabras, ni en hacer muchas cosas, sino en hacernos eco y ser portavoces de una sola «Palabra», que es el Verbo de Dios hecho carne por nuestra salvación. El mismo Jesús, a quien seguimos e imitamos, decía: *mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado* (Jn 7,16).

Queridos sacerdotes, el Señor nos llama amigos: *vosotros sois mis amigos*; nos hace amigos suyos, confía en nosotros, nos encomienda su cuerpo en la Eucaristía, nos encomienda su Iglesia. Así pues, debemos ser en verdad sus amigos, tener trato de amistad con Él, hablar cara a cara con Él, como Moisés, como un amigo habla con su amigo (Cf Ex 33, 11), tener sus mismos sentimientos, querer lo que Él quiere y no querer lo que él no quiere.

Jesús mismo nos dice: *si me amáis guardaréis mis mandamientos* (Jn 15,14). Éste debe ser nuestro propósito común: hacer todos juntos su voluntad como él hizo la voluntad del Padre. No le fue fácil cumplir su voluntad. Tampoco a nosotros nos es fácil. Encontramos serias dificultades. Aparecen nuestros defectos multiplicados y aireados para

desacreditar nuestra palabra, para desacreditar a la Iglesia. *Igual que me han perseguido a mí, os perseguirán a vosotros (Jn 15,20). Os he dicho todo esto para que vuestra fe no sucumba en la prueba (Jn 16,1).*

Sigamos el ejemplo de nuestros sacerdotes mártires, de nuestro obispo, beato Florentino y de tantos mártires que derramaron su sangre en esta diócesis martirial de Barbastro-Monzón. Cuando nos sintamos acosados, calumniados, criticados..., pensemos en ellos que siguiendo el camino del Maestro derramaron su sangre para confesar la fe.

Compruebo cuando visito vuestras parroquias que, como Pablo, os hacéis todo a todos manifestando esa cercanía del buen pastor que conoce a sus ovejas. Unos pastoreáis rebaños pequeños y conocéis a cada una por su nombre. Otros sois pastores de rebaños más grandes. A todos agradezco el trabajo que realizáis visitando las familias, estando cerca de los ancianos y enfermos y consolando a las personas que han perdido a un ser querido.

Vuestro trabajo es un trabajo de amor, *officium amoris*, decía San Agustín. Como bien sabéis, quien a vosotros os acoge es al mismo Cristo a quien acoge. Todo lo que hagáis, hacedlo en nombre del Señor para que a través de vosotros le descubran a Él.

Para poder resistir y, más aún, para crecer, como personas y como sacerdotes, es fundamental ante todo vuestra relación y unión íntima con Cristo, cuyo alimento fue siempre hacer la voluntad del Padre. Dedicad tiempo a estar con Él en la oración, ahondando en la relación de amistad. En un mundo anémico de oración y de adoración, de verdad y de justicia, el sacerdote es sobre todo el hombre de la oración, de la adoración, de la celebración de los santos misterios “ante los hombres, en nombre de Cristo”.

Que la Eucaristía sea la fuente de donde mane toda vuestra actividad. Hacéis la Eucaristía, la dais en alimento y la adoráis en la exposición. Sois los hombres de la Eucaristía. Es tan importante la Eucaristía que el Santo Cura de Ars, cuyo ciento cincuenta aniversario celebramos en este Año Sacerdotal, recomendaba prepararse al menos con un cuarto de hora de oración antes de celebrarla.

No olvidemos que, como nos dice el papa Benedicto XVI, la Eucaristía «tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan. (...) La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega» (DCE 14). Y Cristo se entrega preferentemente por los pobres.

Queridos sacerdotes: vais a renovar vuestras promesas sacerdotales, las que hicisteis por primera vez el día de vuestra ordenación sacerdotal, embargados por la emoción, seguramente que con cierto miedo, pero con los mejores deseos. Retomad el espíritu que os animó en aquel momento y responded con generosidad y plena confianza en el Señor a las preguntas que os haré.

Y vosotros, religiosos, religiosas y fieles, acompañad con vuestro afecto y vuestra oración a todos los sacerdotes, para que, sintiendo

vuestro aliento y vuestro ánimo, experimenten el gozo de entregar su vida a Jesucristo, por vosotros y por el Evangelio, en el ministerio sacerdotal.

Que la Santísima Virgen, madre de los sacerdotes, llene vuestro corazón del amor que ella sintió por Jesús nuestro Salvador; que a todos nos enseñe y nos ayude a ser testigos del amor en medio del mundo. Ella, que acompañó en todo momento la vocación de su hijo, acompañe también a aquellos jóvenes que Dios está llamando sin cesar, día y noche, para el sacerdocio o la vida religiosa.